

HABLA MICHELINI



A.S.

321
M - Política Nacional -
Discurso Pronunciado en el Cerro
el 13 de Diciembre de 1961

En la noche de hoy, con plena conciencia de las circunstancias muy especiales por que atraviesa esta populosa zona de Montevideo, que concentra, prácticamente, la opinión del país en torno a sus problemas, hemos llegado, no sólo a hablar de política —que que hombres políticos somos,— sino fundamentalmente a dar nuestra opinión, sanamente y con sinceridad, sobre uno de los temas fundamentales que nos parece que se han tocado en la vida institucional de nuestro país. Y para tratar, por todos los medios, de infundir esperanzas a los hombres que hoy luchan por sus reivindicaciones sociales, no con el ánimo especulativo pequeño de alagar su vanidad para mañana o pasado tratar de pedirles un voto, recordando estas palabras que pronunciamos, sino fundamentalmente de centrar nuestra opinión respecto al problema. Para decirles que están en la verdad, que están en el camino de la razón, que defienden postulados claros y reales, procurando con nuestras palabras hacerles llegar el aliento que, seguramente, necesitan en su lucha, cuando muchas veces al término de la jornada dura y agotadora el ánimo decae, y en la intimidad del hogar muchos se preguntan si, en realidad, tienen razón y si están luchando por consignas por las que valga la pena derramar tanto esfuerzo y dar tanta energía.

No tenemos solamente un ánimo político; veni-

mos con el deseo de hablar de este problema de la huelga y del problema de la industria frigorífica en el Cerro, para tratar de dar nuestra opinión sobre cómo creemos que tienen que resolverse unos y otros, y en la esperanza, además de que fundamentalmente la serenidad esté por sobre nuestra pasión, y tengamos la suficiente fuerza de razón para llevar a todos la tranquilidad y la seguridad de que estamos hablando sobre este problema con cabal sentido de la responsabilidad.

Lejos de nuestro ánimo el agravio para los que frente a nosotros puedan estar; lejos de nuestro ánimo el insulto soez y mezquino con que algunos otros hombres políticos tratan de referirse a estos problemas. El país y el pueblo están reclamando, fundamentalmente, el razonamiento sereno, hartos ya de los provocadores que escudándose atrás de un micrófono no tienen más posibilidades que las del insulto o del agravio, cuando toda la República está reclamando razones y lenguaje de paz para la solución de sus problemas.

(Aplausos)

EL PAÍS SUFRE UNA DE LAS CRISIS MÁS GRANDES DE SU HISTORIA

Hace muy pocos días, en circunstancias de referirnos a este asunto en una interpelación en la Cámara, dijimos que sabíamos perfectamente que la crisis que atravesaba la industria de carnes y frigorífica en el país era una de las mayores de su historia. Sos tuvimos, además, no como una amenaza ni como una provocación, ni tampoco en el ánimo de llevar temor a alguien, sino fundamentalmente para que se tuviese clara y real concepción del problema, que no habría

posibilidad absolutamente alguna de lograr la solución del conflicto de la industria de la carne en el Cerro y de la producción de la carne en todo el país, si primero que nada no se tendía a buscar la tranquilidad y la paz social dentro de los propios establecimientos de faena. Y agregamos que no habría ninguna posibilidad de recuperación de toda la industria en la República si primero, y antes que nada, no se lograba llevar tranquilidad y paz a esta zona del Cerro, la más importante del país, desde el punto de vista fabril.

Y hoy nos ratificamos en ello.

Desgraciadamente, hombres políticos y hombres que no lo son, pero que hablan de estos problemas, están tratando todos los días de atender más a las razones estrictamente económicas, de pesos o de producción, que al problema humano que está en juego. Y nosotros decimos que queremos ir a una industria frigorífica y de carnes rica y pujante en el país, pero que no estamos dispuestos a ello si tenemos que sacrificar el elemento humano, que es el obrero que trabaja en esta actividad.

(Aplausos)

Y no deseamos, de ninguna manera, que puedan olvidarse estos preceptos totalmente fundamentales; que se les tenga muy en cuenta en el mismo momento en que de ellos empezamos a hablar.

LAS REIVINDICACIONES GREMIALES Y EL DERECHO DE HUELGA

Hay una vieja posición en toda la República, podríamos decir, en torno al derecho de huelga, y hay también una posición perfectamente definida en los hombres de trabajo en todo el país con respecto a este

postulado. El derecho de huelga pudo haberse discutido en alguna época de la vida de la República, cuando recién se iniciaba, prácticamente, la lucha por mejores reivindicaciones. En 1905 ó '1906 —no queremos hacer historia, pero ella viene sola a nuestra mente— fue en el Parlamento y en la lucha periodística, y también en la lucha callejera en torno a las tribunas, que hombres de temple y del vigor intelectual de Domingo Arena y de José Batlle y Ordóñez levantaron, precisamente, el derecho de huelga.

(Aplausos)

Frente a ellos estuvieron los hombres del nacionalismo de la época, los representantes de las empresas extranjeras que ponían el pie en la República Oriental del Uruguay, los patrones reaccionarios que no querían compartir con los trabajadores las ganancias de sus empresas, y los políticos arribistas que fundamentalmente vivían de las prebendas que les podían dar los capitales extranjeros o los capitales de tierra adentro.

Esa polémica habrá durado dos, tres, cuatro años. Arena, Batlle y el Partido Colorado defendieron a los anarquistas; Arena, Batlle y el Partido Colorado defendieron a los agitadores; Arena, Batlle y el Partido Colorado sostuvieron la legitimidad de que los obreros pudiesen concurrir a las sociedades de resistencia a plantear la lucha contra las empresas explotadoras, y contra el Estado, cuando éste no actuaba como buen patrón.

(Aplausos)

No dejaron por el camino ningún postulado fundamental; no hipotecaron la suerte del país, como se nos quiere decir, ahora cuando defendemos el derecho de huelga; tampoco permitieron que avanzasen las fuer-

zas retrógradas en la República. Entendieron que, primero que nada había que librar la batalla para que los trabajadores se pudieran expresar en el país en el sentido que ellos les pareciese conveniente.

Y ante una fuerza obrera que recién asomaba en la República, ante talleres que prácticamente estaban naciendo a la vida del país, ante fábricas en las cuales no existía todavía la conciencia social del trabajador, ellos dijeron que eran bienvenidos a nuestro medio los hombres provenientes del extranjero, nacidos y criados en sociedades mucho más industrializadas, con un sentido más cabal de lo que significa en la vida la lucha por el ser humano que trabaja al lado de uno, con un sentido más elevado y más amplio de lo que puede significar en la historia de las naciones el luchar por mejores reivindicaciones. Les dieron la bienvenida a todos los hombres que, trayendo experiencias de otros países—italianos y españoles, anarquistas del más puro cuño, pero hombres al fin—llegaban al nuestro a luchar junto a los criollos, para enseñarles el sentido de la solidaridad.

(Aplausos)

Y a lo largo de la historia el país fue tomando mayoría de edad.

Si durante todo ese tiempo se supo ir resolviendo los problemas en la controversia libre, hoy no es que queramos alagar el oído de nadie, pero no sólo estamos juntos con Batlle, con Arena y con el Partido Colorado, que libraron aquella inmensa batalla por el derecho de huelga y por las sociedades de resistencia, sino que somos, además, leales con aquellos hombres esforzados, inmigrantes en su gran mayoría, que abandonando la tierra que los vió nacer, que abandonando el taller donde habían dado sus primeros pasos, llegaron aquí,

a Montevideo, a la República de Uruguay, prácticamente con una mano atrás y otra delante, pero con el corazón encendido de fe, llenos de ideales revolucionarios, para transmitir a nuestro medio la semilla fértil que habría de crear el sindicalismo en nuestro país.

(Aplausos)

Y a través del tiempo, unos y otros, hombres políticos con cabal sentido de la hora que se vivía, y hombres de agitación permanente, que luchando por una sociedad mejor, fueron dando, en la medida de sus fuerzas y en la plenitud permanente de su inteligencia puesta al servicio de las buenas causas, la legislación social que poco a poco fue asomando en la República.

La de hoy es la misma situación, podríamos decir; mucho se ha andado y mucho hemos aprendido todos. Sin embargo, en 1961 se vuelve a olvidar toda la lección del pasado, y a tener que discutir nuevamente en el Parlamento, en la calle y en las tribunas periodísticas si el obrero tiene derecho o no a hacer huelga, si el obrero puede o no salir a la calle a luchar por sus reivindicaciones, si el obrero tiene o no el derecho de agremiarse para poder pelear mejor por aquellas condiciones de vida que le parecen más decorosas, por un salario más remunerador contra la injusticia arbitraria y prepotente del patrón que lo emplea.

(Aplausos)

HOY NOS OBLIGAN A DAR LA MISMA LUCHA QUE HACE MEDIO SIGLO.

Hoy estamos nuevamente en la misma lucha. No otro sentido tiene el hecho de que 1.669 obreros hayan sido despedidos por el único motivo de haberse levantado en huelga. ¿Desde cuándo aquí —preguntamos

en la Cámara y preguntamos todos los días a la gente con la que nos enfrentamos y tenemos que discutir este problema— un obrero que realiza un acto de huelga puede perder su trabajo?.

Quiero contarles a ustedes un razonamiento que se me hizo y como nosotros contestamos, en la medida de nuestras posibilidades.

Se nos dijo por alguien —patrón, naturalmente, él:— la lucha vuelve hacia la lucha; la huelga es el enfrentamiento de los hombres que representan el trabajo con los hombres que representan el capital, de un lado unos y del otro lado otros, forcejeando permanentemente; cuando los obreros pierden es natural y lógico —me decía— que pierdan su trabajo, porque eso arriesgaron, precisamente, en el momento en que fueron a la lucha. Nosotros, frente a este argumento, que inclusive puede ser efectista y hasta de cierto carácter viril, en el sentido de que el hombre pone en la balanza lo que va a jugar y juega a suerte y verdad aquello que está decidido a ganar o a perder; aun pensando que podía tener una cierta base de razón el hecho de que el hombre perdiese su trabajo en el momento en que perdía la huelga, le contestamos, seguramente inspirados: y cuando el patrón pierda la huelga porque la solidaridad de los trabajadores vence por sobre todas las demás cosas. Cuando el patrón pierde la huelga, aflojando en las reivindicaciones que los obreros le piden con su militancia en la calle. Cuando el patrón cede ante la pujanza de la fuerza trabajadora organizada que se hace sentir en todos lados, ¿está acaso dispuesto, de acuerdo al concepto que usted sostenía, a perder la propiedad de la fábrica, en el mismo momento en que pierde la huelga?

(Aplausos)

No hubo contestación para este argumento; no puede haberla porque el trabajador no puede poner en juego su trabajo cuando va a la huelga. No es que lo diga el derecho, no es que lo diga la jurisprudencia, no es que nosotros vengamos aquí esta noche llenos de cuadernos y de libros para leerles a ustedes toda la inmensa razón legal que tienen los trabajadores en huelga, sino que lo dice la propia historia del país, lo dicen absolutamente todos los conflictos sindicales y lo dice, fundamentalmente, toda aquella historia y relación de las huelgas que se han vivido en la República.

Cada vez que un trabajador ha ido a la huelga y ha abandonado su lugar de trabajo, en el error o en el acierto, —no tenemos por qué participar del criterio de que la huelga, por serlo, necesariamente tenga que ser justa—, en el mismo momento en que el sindicato declara la huelga, en esa misma oportunidad no está más en juego su trabajo, que queda totalmente interrumpido, pero que le pertenece, como lo señalamos en la Cámara, como un derecho de propiedad que lleva consigo y donde vaya él está ahí su trabajo, y cuando vuelva a la fábrica, terminada la huelga —bien lo sabemos nosotros, como integrantes de la Comisión de Legislación del Trabajo, que hemos intervenido muchas veces tratando de solucionar problemas laborales— al trabajador no sólo le interesa el haber obtenido las reivindicaciones correspondientes, sino que es una cuestión de celo, de amor propio, de su propia vida, el hecho de exigir que sea restituido al trabajo exactamente en las mismas condiciones que tenía cuando ejercitó el derecho de huelga, en el uso de su soberanía.

(Aplausos)

¿Y qué otra cosa hemos reclamado permanente-

mente ahora? ¿Qué otra cosa reclamamos el otro día en la Cámara y ayer, cuando se aprobó el proyecto de ley para tratar de reparar esta tremenda arbitrariedad del Frigorífico Nacional y de la Caja de Compensaciones por Desocupación en la Industria Frigorífica?

EL PROCEDIMIENTO DEL REHEN.

Poco interesan los detalles —dijimos—, y no vamos a repetirlos aquí porque son demasiado conocidos por todos: 59 obreros fueron suspendidos; podían haber sido suspendidos 20, 80 o 100. es un acto de arbitrariedad —dijimos y lo repetimos ahora— en el que se eligió a los obreros, como podía haberse elegido a rehenes en las guerras de los últimos años, cuando se cometía algún acto de sabotaje y se quería crear el temor en toda la población, yéndose casa por casa y sacando de ellas a un hombre, a una mujer o a un niño, a quienes se les ponía contra la pared, diciéndoles a todos, cuando les pegaban los cuatro tiros por la espalda: “¡Tengan cuidado, no sea cosa que a ustedes les pase lo mismo!”

Y este acto de elegir 59 obreros al azar, no los obreros que debían haber intervenido en aquella faena, no los obreros que estaban directamente vinculados a esas tareas que originaron la diferencia con el Frigorífico Nacional, sino trabajadores algunos de los cuales estaban en uso de licencia, o que, inclusive, estaban enfermos, gente que no participó nunca de la lucha gremial a pesar de ser buenos compañeros, u otros que participaron permanentemente también de la lucha gremial. Los eligieron en función del apellido, de la inicial con que comenzaba su nombre, o del

número de chapa, y a esos 59, tranquilamente, les aplicaron la suspensión.

Los obreros reaccionaron, abandonando de inmediato el trabajo: 1.669 trabajadores entendieron que ése era el mejor método de lucha, el que más se alinea con su manera de pensar y de luchar, y enfrentaron decididamente a la patronal —el Frigorífico Nacional— y a los Poderes Públicos, en el mismo momento que entendieron que de esa manera podían obtener que los 59 compañeros fuesen restituidos a su trabajo.

Poco interesa analizar todos los demás detalles. Digamos, sí, que la provocación había surtido su efecto, que estaban decididos a enfrentar al gremio de la industria de la carne, que hace va mucho tiempo que están librando esta dura batalla contra la Federación Autónoma de la Carne, y que trataron por todos los medios de ponerlos entre la espada y la pared. Luego vinieron las citaciones al trabajo, las convocatorias, la invocación del famoso Artículo 29º, la larga discusión en la Caja de Compensaciones, el comportamiento magnífico de los compañeros de ustedes, representantes de la parte obrera, que fueron ahí a luchar contra abogados avezados que trataron de todas maneras de tenderles trampas o crearles dificultades en un asunto sumamente claro.

Después vino la medida final del Poder Ejecutivo, desafilando los 1.669 trabajadores, creándoles para siempre una tremenda inquietud en el alma, procurando que no tuviesen la más mínima posibilidad de conseguir otro trabajo.

¿Es que, acaso —pregutamos nosotros— el Frigorífico Nacional podía prescindir de esos 1.669 trabajadores? ¿Es que acaso el Frigorífico Nacional podía

cumplir con todas las tareas importantes que tiene a su cargo sin estos 1.669 trabajadores? No.

Aún faltaba una etapa más en esta serie de iniquidades que se estaba cometiendo: al otro día de haberse decretado la cesantía y expulsión de los 1.669 trabajadores, el Frigorífico Nacional procedió a convocar individualmente a esos mismos trabajadores, algunos de los cuales eligió, pidiéndoles que se presentaran de uno en fondo al Frigorífico Nacional, para hacerles sentir la presión de su poderío, para hacerles volver entregados, con la cabeza gacha y, prácticamente, de rodillas, en el deseo de quebrar la organización obrera.

Bien sabemos nosotros —y por eso hay que felicitar a la organización obrera, por encima de todos los matices políticos—...

(Aplausos)

—...que los obreros respondieron con la negativa de volver al trabajo.

NADIE PUEDE SER SUSPENDIDO POR EJERCER EL DERECHO DE HUELGA

Sostuvimos permanentemente, desde mucho tiempo atrás, la tesis de que no se puede echar absolutamente a nadie por el derecho de hacer huelga. No la sostenemos solamente ahora, que podría parecer fácil, cuando en el juego de la oposición los políticos pueden actuar sin responsabilidad, y cuando alguno de entre el público podrá decir: "¡Quién sabe lo que hubiera hecho este hombre que está hablando, en el caso de ser Gobierno!"; la sostuvimos antes, en junio de 1956. Eramos Gobierno en aquella época, estaban hombres del Partido Colorado al frente de los puestos

más importantes de la vida institucional de la República. Se suscitó también un conflicto en el Frigorífico Nacional, se produjo la declaración de huelga por parte de los obreros; las autoridades del Frigorífico Nacional en ese momento, entre las cuales existía un representante de la Lista 15, entendieron, con error, que podía dejar cesantes a aquellos trabajadores y procedieron a realizar, por un lado las convocatorias para que el personal se presentase a trabajar y, al mismo tiempo, por otro, el llamado a aspirantes para que se presentase cualquier gente a ocupar las plazas de aquellos que iban a ser despedidos.

Nosotros levantamos nuestra voz en el Parlamento de la República. Hubo también una interpelación, provocada en ese momento —creo— por los legisladores socialistas; concurrió el Ministro de Ganadería de la época a la Sala de la Cámara de Representantes; se planteó nuevamente el problema con respecto a si podían o no ser despedidos esos trabajadores, y nosotros, que podíamos haberlos sentido solidarizados, que éramos Diputados del Partido de Gobierno, y responsables de lo que en ese momento se estaba jugando el Gobierno en materia de autoridad, nosotros no vacilamos en sostener la posición contraria, hace cinco años, como la estamos sosteniendo también ahora que ocupamos posiciones políticas distintas.

Entonces dijimos que ningún obrero podía ser despedido por el hecho de hacer huelga; que la Constitución de la República era terminante; que a los obreros de la industria frigorífica que estaban trabajando en el Frigorífico Nacional antes del conflicto, les correspondían esos puestos como cosa propia que nada ni nadie les podía negar, y que en el mismo momento en que esos obreros, por la solución del con-

flicto, o porque así se les antojase desde el punto de vista gremial quisiesen reintegrarse al trabajo, el Frigorífico Nacional tenía la obligación de restituirlos a los mismos puestos en que habían estado trabajando hasta el día en que comenzaron el conflicto.

(Aplausos)

Y tenemos la absoluta seguridad de que esa posición que sostuvimos hizo recapacitar, seguramente, a muchos hombres del Partido. No pretendemos decir que la sostuvimos solos; fuimos acompañados por muchos Diputados y por muchos hombres del Gobierno. Pero queremos, sí, dejar bien claro de que quien les viene a hablar esta noche aquí, como los demás compañeros que ocuparon la tribuna, no lo hacen en modo alguno procurando halagar la vanidad o el gesto de fuerza de los obreros, en el afán de lograr una determinada ventaja electoral, ni vienen tampoco presentándose como innovadores de esta solución, en el instante en que ocupan un puesto de oposición en la lucha política. Por el contrario, traen un antecedente bien saneado de cómo se comportaron antes.

(Aplausos)

Si hacemos la referencia es quizá porque tenemos muy presente aquella vieja historia de la muy antigua ciudad de Cartago en la que, a los que llegaban por primera vez o a los que llegaban en la reiteración de una visita anterior, se les preguntaba por sus credenciales, para saber perfectamente quiénes eran y con qué autoridad se referían a los problemas que planteaban. A los trabajadores del Cerro, que podían no conocernos y a los hombres en general, que rodean esta tribuna, les decimos que en esta materia tenemos expresados públicamente un antecedente y una opinión, exhibimos no con vanidad, pero sí con el or-

gullo de sabernos leales a nuestra manera de pensar, estemos en la posición que estemos y juguemos las responsabilidades que juguemos.

(Aplausos)

La verdad es que esta voluntad del Poder Ejecutivo de expulsar a los trabajadores, en el deseo de crearles problemas, no es nueva, por supuesto, y obliga a que nosotros nos refiramos a toda la situación de la industria.

LA POLITICA GUBERNAMENTAL EN MATERIA DE CARNES

Las carnes no pueden ser colocadas en el extranjero porque los precios internacionales de los mercados habitualmente compradores del país han disminuído, y hay una diferencia en dólares entre lo que cuesta producir esa carne y transportarla y lo que quieren o pueden pagar esos países habitualmente compradores de nuestros productos. La verdad es que se entiende que esa diferencia en dólares puede significar, prácticamente, la paralización de nuestra economía y se ha venido buscando la manera de apoyarla y respaldarla, en el deseo de permitir formar un precio que pueda competir en los mercados extranjeros.

Las detracciones han sido virtualmente eliminadas: el último 5% que pesaba, seguramente será derogado por la Cámara de Diputados en los próximos días. Al mismo tiempo, se han buscado dos medidas que el Gobierno entiende importantes: una, lo que puede ser el respaldo o el subsidio directo, y la otra, lo que puede ser la disminución de los costos, que se consideran muy altos. En los costos intervienen tres factores fundamentales: el precio de la materia prima, el precio de

los artículos o de los elementos que se utilizan en la manufacturación de las carnes y el precio de la mano de obra, es decir, el factor salarios. De estos tres elementos, el primero no va a ser tocado por el Gobierno: El precio de la materia prima no va a ser rebajado por el Gobierno, porque este Poder Ejecutivo, con la Reforma Cambiaria y Monetaria y con la política económica que lleva a cabo, permitió que se pagase por la carnes precios que nunca se habían registrado antes, realizando así la inmensa fortuna y las ganancias millonarias de los grandes ganaderos, de los grandes terratenientes y de los grandes invernadores. Permitió, además, que la riqueza se concentrase prácticamente en muy pocas manos, determinando al mismo tiempo una pauperización para todo el resto de la población.

Los elementos que intervienen en la industrialización de la carne, desde el combustible hasta la energía eléctrica, pasando por el alambre y el papel, no pueden ser rebajados en modo alguno, porque sus aumentos son también consecuencia directa de la Reforma Cambiaria y Monetaria que el Poder Ejecutivo preconizó y alentó con aquella frase trágica del Ministro de Hacienda: que la Reforma Cambiaria seguiría adelante "duela a quien duela y pese a quien pese".

Queda solamente el problema de la mano de obra, el costo del trabajador, diremos así, y en ese sentido, el problema de los salarios y de los beneficios sociales. Y aquí el Gobierno, el Partido Nacional leal consigo mismo, que no la emprende contra los grandes tenedores de fortuna en el país, porque en el fondo defiende sus propios intereses de clase; que no puede ir contra los elementos que se utilizan en la manufacturación porque son consecuencia directa de su política, arremete contra la parte que considera más débil o que

menos respeta, tratando de no aumentar los salarios, no obstante el alza del costo de la vida y, por otro lado, tratando de quitar a los trabajadores los beneficios sociales que estos han logrado mantener durante muchísimos años, al cabo de muchos sacrificios, de muchas huelgas, de muchos movimientos de reivindicación y por cuya defensa hoy precisamente están en la calle.

Para tratar por todos los medios de abatir el costo de la mano de obra, el Poder Ejecutivo no tiene otra arma que atentar contra la organización sindical. La única forma en que el Poder Ejecutivo puede no aumentar los salarios de la industria frigorífica, de acuerdo al alza incesante del costo de la vida, e inclusive quitarles los dos kilos de carne, será logrando, con sus actitudes y su conducta, que la organización de los trabajadores se desmorone y que la solidaridad, que ha sido su principal arma de triunfo, desaparezca, permitiendo que un gremio débil sea arrastrado y pisoteado por las fuerzas del Partido Nacional.

(Aplausos)

Esta es una verdad que es necesario repetir y machacar. Y sabemos que no estamos solos en esta campaña y en esta política, porque muy seguramente los hombres que dirigen las entidades gremiales saben perfectamente cual es el último objetivo de esa política del Gobierno: el día en que los 1.669 obreros vuelvan a ser tomados, de uno en fondo, aplicándoles el Poder Ejecutivo la dura ley que les quiere imponer, y el día que la gremial que los agrupa haya sido destruída, ese mismo día, por un simple cartelito puesto en la Oficina de Personal, los obreros se enterarán —todos: los que permanecieron en las fábricas;...

(Aplausos)

...todos, oínganlo bien: los que salieron en defensa de sus postulados y los que entendieron que era mejor permanecer dentro de las fábricas trabajando— que los dos kilos de carne y otros beneficios sociales han sido abolidos por la empresa.

(Aplausos)

Porque el día que no exista gremio fuerte para defenderse y organización sindical para hacer sentir el peso de la solidaridad y para hacer entender al patrón, sea cual sea, que no se trata de luchar con un solo obrero, sino fundamentalmente con cientos y miles de voluntades, ese día la patronal retrotraerá la historia del país hasta antes de 1905 e impondrá las soluciones de clase que se le antoje, tratando, por todos los medios, de esclavizar a la clase trabajadora.

(Aplausos)

NO. A LA POLITIZACION DE LOS SINDICATOS

Somos hombres políticos; militamos en un Partido; nos hemos dado por entero a la política, pero hemos sido siempre enemigos constantes de que en los sindicatos existan hombres que hacen política al servicio de los Partidos.

Una y mil veces, cuando hombres de mi Partido político con simpatía hacia nuestra conducta, que trabajan en distintos gremios, han venido a expresarnos la posibilidad de hacer un batllismo sindical desde la dirección de determinados sindicatos, a esos hombres, que contaban con cierto respaldo y cierta simpatía en la masa trabajadora, les hemos pedido reiteradamente que en los gremios se comportasen estrictamente como trabajadores, y que al frente de los sindicatos no

tuviesen más obligaciones que aquellas que les impusiese su calidad de dirigentes.

(Aplausos)

Porque, fundamentalmente, queremos gremios fuertes, unidos, una clase obrera con consciencia de tal y con responsabilidad. Porque no nos interesa dividir para reinar, ni que los sindicatos estén al servicio de determinada política, pues consideramos que en el mismo momento en que sirven a intereses políticos están olvidando los fundamentales intereses gremiales que tienen que defender.

Y hoy llegamos al Cerro para repetir exactamente, los mismos conceptos y para decir desde una tribuna política, como hombre político, que queremos al gremio de los trabajadores del Cerro totalmente unido, que los concebimos exclusivamente como era antes: como un solo haz, defendiendo, por sobre todas las cosas, los derechos de la clase trabajadora. No podemos entender —nos cuesta muchísimo comprenderlo— que en el momento en que se anuncia que 1.669 trabajadores van a ir a la calle, puedan existir obreros que, habiendo convivido con ellos hasta ayer, en un clima de cordialidad que realizaban el mismo trabajo dentro de la propia fábrica,...

(Aplausos)

...que son asalariados, como todos, que venden el sudor de sus manos y el esfuerzo de su inteligencia, que tienen los mismos salarios y las mismas condiciones, que habrán de jubilarse por las mismas leyes, que inclusive muchas veces están unidos entre sí por vínculos familiares, no podemos comprender —insistimos— cómo

no han dejado el trabajo y han salido a luchar por aquellos compañeros a quienes se quiere destituir,

(Aplausos)

No calificamos ni juzgamos; no empleamos adjetivos ni lanzamos epítetos; cada cual cargará con sus culpas y con sus responsabilidades. Decimos, sí, porque lo dijimos antes y lo pensaremos siempre, que a nuestro juicio puede haber discrepancias en la conducción de un movimiento de lucha; que podemos admitir que un día algunos obreros hayan entendido que el mejor movimiento de defensa no era la huelga, sino concurrir a la fábrica a trabajar y plantear de otra manera sus postulados; que entendemos que sanamente y de buena fé pueda haberse discrepado en el mismo momento que se eligieron los distintos caminos por los cuales andar. Pero pensamos, también, que en el mismo instante en que una patronal prepotente, burlando el derecho y olvidando sus obligaciones para con la sociedad, despidió a 1.669 obreros, frente a esos procedimientos no puede haber desinteligencia, no pueden haber en modo alguno entre esos trabajadores las diferencias que existían hasta ayer: son todos uno solo, y en la misma medida en que defienden al compañero en huelga se están defendiendo a sí mismos ante la posibilidad de que mañana les ocurra algo igual.

(¡ Muy bien !.— Aplausos)

SOLUCIONES CLARAS PARA LA INDUSTRIA DE LA CARNE

Y hablando de la industria frigorífica, señalamos que de ninguna manera podría haber soluciones si no había paz social. Creemos, además que es fundamental que

las soluciones para el problema de la industria de la carne sean muy claras.

Una primera premisa debemos estampar: ya no es sólo el problema de producir en el país; ya no sólo es obligación de toda la República de producir más y más: hay ahora un problema colateral, un problema que —podríamos decir— asusta al mundo entero: se trata, además de producir mucho, de poder colocar la producción en otros países. Esta es una verdad que tenemos que entender. Los mercados tradicionales se van terminando, en la misma medida en que ellos, a los que hemos estado vinculados desde tiempo atrás, pretenden imponer su precio, para hacer pagar al país, mediante los contratos o las instituciones internacionales, el duro precio de lo que prácticamente es la esclavitud económica.

Ya no sólo se trata de producir más y mejor, sino que se trata de que los gobernantes y todos salgamos a buscar los mercados propicios para colocar esa producción. Nosotros hemos levantado desde mucho tiempo atrás la consigna de comerciar con todo el mundo...

(Aplausos)

...sin que pudiese verse en esto, absolutamente, ninguna regla de contenido político. Y decimos bien claro, además, que el país debe estar dispuesto a vender a quién le compre, a quién le pague el mejor precio por su mercadería, y a comprar a aquel que le ofrezca las mejores condiciones.

No podemos, en modo alguno, detenernos en consideraciones de ninguna clase ante estos hechos, porque la historia del mundo económico, pasando por las dos grandes potencias en que prácticamente se divide —de un lado, el bloque occidental, con E.E. UU., y del otro lado el bloque comunista, con Rusia— nos permite asegurar que no hay entre esos países absolutamente ninguna tra-

ba cuando se trata de comerciar, cuando se trata de vender sus producciones;...

(¡Muy bien!— Aplausos)

...cuando, por todos los medios, se trata de buscar los mejores precios y los mejores rendimientos en la dura lucha de competencias a que nos lleva la vida económica no hay diferencias ideológicas, no hay caminos que no se puedan encontrar. Por el contrario, todos los días misiones económicas de un país y de otro concurren a las ciudades más alejadas de los países aparentemente enemigos, para tratar de vender su mercancía a buen precio. Y nosotros, que por error del Gobierno muchas veces hemos visto impedida de colocar nuestra mercancía y nuestra producción en países con los cuales no se quería comerciar por razones de carácter político, podemos decir que naciones que se consideran en la misma línea política que la nuestra han comprado nuestra producción para ir a vendérsela, precisamente, a aquellos a quienes nos decían que no se la vendiésemos.

(Aplausos)

SUPRESION DE LOS INTERMEDIARIOS EN EL ABASTO DE MONTEVIDEO

Si es fundamental vender a quién nos compra, y tratar de comerciar con todo el mundo, debemos decir que en cuanto al problema interno del abasto de Montevideo tenemos que acabar de una vez por todas con los intermediarios. Somos decididamente contrarios a que los permisarios continúen en este momento vendiendo la carne al público;...

(Aplausos)

...somos totalmente contrarios a que la carne llegue al consumidor en virtud de la actividad del inter-

mediario, que no dispone —ni tiene por qué disponer— de ningún elemento de trabajo; que no **desempeña** absolutamente ninguna función social; que desde el punto de vista económico constituye el parásito más antipático, porque no arriesga absolutamente nada compra la carne, la da a faenar a determinado precio —en este caso al Frigorífico Nacional— y luego la vende al consumidor haciéndole pagar siempre mucho más de lo que establece la tarifa que fija el ejecutivo comunal.

(Aplausos)

Sostenemos con absoluta seguridad que los permisarios tienen que ser completamente radiados de la actividad; que han sido una experiencia lamentable en la economía interna del país y que no podemos permitir que sigan desquiciando y resquebrajando la estructura económica en materia de carnes.

LA COOPERATIVA: TRABAJO Y SOLUCION PARA TODOS

Afirmamos, por otra parte, que queremos trabajo para todo el Cerro. Fuimos defensores, como nadie quizás, de la ley que permitió la creación de EFCSA, y lo hicimos con dos cometidos fundamentales, que repetimos hoy, porque estamos seguros de encontrarnos en la verdad: el primero, que diese trabajo a todo el Cerro. No íbamos a venir nosotros a propiciar ninguna ley que estableciera dentro de la clase trabajadora, hermanos hasta ayer, sectores privilegiados. Tratábamos, por todos los medios, de que el trabajo pudiese comprender a todos, absolutamente a todos los habitantes de la localidad, es decir, a todos aquellos que

entregaban constantemente sus energías al trabajo de la industria de la carne.

Y sostuvimos, además, en el deseo fundamental de que fuese verdaderamente una cooperativa de trabajadores que no viniese hasta ellos el capital voraz, extraño o propio del país, que hiciese sentir a los trabajadores que no seguían siendo nada más que asalariados, que de patrones del establecimiento esos 1.000 ó 1.500 no tenían nada más que el nombre.

Hoy tenemos que rectificar una posición. Aquella ley que fue tan generosa en su impulso, que tuvo de parte nuestra el apoyo total en el deseo de servir a la industria del Cerro, de defender a los trabajadores y además, fundamentalmente, en el propósito de crear una experiencia nueva en el país, como puede ser una inmensa fábrica administrada por los propios trabajadores, tuvo en su nacimiento un defecto que existe la obligación de corregir: no se le dió a EFCSA el capital necesario para poder atender las obligaciones que tenía y, prácticamente, se le impulsó a caer en manos del imperialismo del capital extranjero, o en manos del capital propio que, naturalmente, actuó en el deseo de ayudar, por un lado, pero sobre todo en el de hacer buenas colocaciones.

Así, con el tiempo, EFCSA se transformó, a pesar de la lucha de muchos de sus dirigentes, de entre los cuales —no tengo por que ocultarlo— a algunos respeto y creo de buena fé, pero también digo que hay otros ahí que al servicio de esos intereses, no hacen sino jugar sus más bajas pasiones.

(Aplausos)

Decimos, asimismo, que es fundamental que esa experiencia no pueda desaparecer; que nosotros tenemos la obligación de crear dentro del Cerro una in-

menza propiedad respecto a toda la industria; que no somos partidarios, en modo alguno, de que los propietarios de las fábricas, como se pretende hacer con el Frigorífico Nacional dándole una característica de esa naturaleza. Por el contrario, luchamos y lucharemos —lo decimos bien claro, convencidos de que estamos defendiendo una posición totalmente justa,— en el deseo de que todas las fábricas sean reabiertas, y que si no lo son todas, que sea la voluntad de los obreros la que determine cuáles deben serlo, precisamente en el deseo de que todos los trabajadores de la industria frigorífica tengan acceso a las fuentes de trabajo, en la voluntad firme de crear una unidad total en los trabajadores en función de la propiedad de todas las fábricas con un capital propio, para que no tengan que caer ni mendigar al capital extranjero, un día si y otro también, los favores que les permitan seguir trabajando.

(Aplausos)

Y que en la medida en que no puedan alcanzarse esos objetivos, nosotros diremos que la noble iniciativa de 1958, que permitió que EFCSA fuera una realidad, ha quedado trunca y que es una obligación continuar trabajando para que nuestro anhelo pueda plasmarse en los hechos.

Mantenemos incommovibles los mismos principios de aquella oportunidad: una ley que establezca una experiencia en función de una auténtica cooperativa de trabajadores, sin tener que pedir absolutamente nada al capital extranjero ni al propio, sin tener que depender para nada de los bancos, ni de los inversionistas extranjeros:...

(Aplausos)

...y por otro lado, la absoluta seguridad de que tiene que haber trabajo para todos los obreros del Ce-

ro, ya perteneciesen al Nacional, al Castro, al Artigas o al Swift, que la industria es una sola, que los intereses del país son uno solo y uno solo también el gremio, la clase trabajadora.

(¡Muy bien!— Aplausos)

LA PRACTICA DE LA CAZA DE BRUJAS EN NUESTRO PAIS

Ahora, tenemos la obligación de hacer referencia a un hecho que seguramente está en el conocimiento de todos y que constituye un eslabón más en una campaña que se ha desatado en el país, a la que tenemos que enfrentar con total valentía, porque en la medida que el miedo o la cobardía puedan influir en nuestro ánimo, estaremos perdiendo, precisamente, las mejores tradiciones de la República.

Hoy a mediodía, desde su tribuna radial, Chico-Tazo...

(Interrupciones)

...nos acusaba de militar en el Partido Comunista y de servir los intereses del comunismo. Fuimos acusados, también con otros compañeros, de permitir la infiltración de los rojos de la extrema izquierda en el viejo Partido Colorado, dispuestos siempre —según él— a crear confusión y a perturbar.

No lo vamos a insultar; no vamos a agraviarlo. La pasión natural que todo lleva en sí, cuando se enterá de estos agravios, lo haría reaccionar en la forma común en cada uno de ustedes, rompiendo lo que tiene a mano lanzando una maldición por lo bajo o por lo alto. Pero nuestra condición de hombres políticos nos obliga a enfrentar la acusación, no en la medida de la defensa —que no es necesario que la hagamos, por-

que detrás nuestro están nuestras convicciones, nuestros años, las banderas del Partido y los postulados que él permanentemente enarbola,— sino fundamentalmente tratando de desentrañar ante el pueblo el por qué de esta acusación; tratando de decir a todos por qué Chico-Tazo recurre a esto; por qué este “slogan” se viene repitiendo con insistencia; por qué no tenemos que ser temerosos, y enfrentarlo; por qué tenemos que decir a Chico-Tazo que seguiremos haciendo lo mismo que hasta hoy, que seguiremos levantando las mismas consignas que hasta hoy, que seguiremos diciendo las mismas verdades, pese a quién pese y aunque le duela a él y aunque pueda llamarnos comunistas.

(¡Muy bien!— Aplausos)

La caza de brujas es vieja en el país y en el mundo entero. No es invento de este Gobierno recurrir a los telones de fondo y a las cortinas de humo para tratar de hacer olvidar a la población todos los males que padece. Tampoco es nuevo, en modo alguno —ya el nazismo lo hizo en su época,— el tratar, por todos los medios, de desprestigiar a los hombres que se puedan oponer al Gobierno o al Partido que está en el Gobierno, para procurar acallar su voz. Es más viejo, quizás, que el propio Chico-Tazo y seguramente otros antes que él lo hicieron con mayor fortuna o con mayor habilidad.

Cuando se consideró la Reforma Cambiaria y Monetaria, en el Parlamento o en la calle, escribiendo desde la prensa o en el diálogo constante con los compañeros, advertimos permanentemente que en 1960, 1961 y 1962 la situación de la República iba a ser tan difícil, tan duro el costo de la vida, tan apremiantes las exigencias del trabajo, tan grande y creciente la desocupación que asolaría nuestras tierras y nuestras

ciudades que el Gobierno no iba a tener más remedio, cuando las masas se levantasen reclamando mejores condiciones de vida, que enfrentarlas acusándolas de agitadoras, de estar pagas por el oro extranjero, de responder a tendencias foráneas o de tratar de decir que eran comunistas, a los efectos de combatirlas y lograr aplastarlas.

Dijimos en ese instante, 1959, que desafiábamos al Gobierno a que en esta época de 1960, 1961 o 1962, lo hiciese; que seguramente no iba a tener más remedio de quebrar de cualquier manera los movimientos masivos que se iban a levantar en todo el país. Y para nuestra desgracia, porque no hubiéramos querido que la población se viese enfrentada a tan grandes penurias, porque hubiéramos preferido errar en el vaticinio, aún cuando esto nos permita colocarnos hoy en una posición ventajosa ante ustedes, la verdad es que la desocupación creciente día a día, las dificultades que el hombre tiene para llevar el pan a su casa, las dos o tres jornadas en que apenas se trabaja por semana en la industria textil, los períodos inmensos en que no se trabaja en la industria de la construcción, las zonas del interior del país dedicadas antes a la plantación de cereales que hoy prácticamente han sido abandonadas por los jornaleros —quienes deben venir a buscar a Montevideo el pan y el trabajo que les falta en aquellas tierras,— todo eso ha obligado a que las masas se levanten y ha obligado también al Gobierno a acusarlas de comunistas.

Sabido es que no puede haber ofensa mayor a un hombre político, que no puede haber, quizás, agravio más grande al hombre que actúa en política que el poderlo señalar con el dedo frente a la opinión pública, diciéndole que no está siguiendo sus propias con-

vicciones, sino que está actuando traidoramente, al servicio de influencias extrañas y de otras idealidades.

Para el hombre que se precie en política, para el hombre que sienta y viva con fe y sana pasión la política, no puede haber seguramente agravio más grande que el que le puedan decir, desde una tribuna contraria: "Usted está sirviendo a un Partido que no es el suyo; usted se ha infiltrado dentro de su Partido para hacer el juego a otra ideología; usted se está encubriendo con la bandera de su Partido, pero en realidad pertenece a otra ideología distinta a la cual sirve".

Se ha pretendido amedrentarnos con eso, y una prensa al servicio de esas consignas y muchos radios al servicio de ese "slogan", así como la impudicia de algunos gobernantes repitiéndolo constantemente, han ido achicando a alguna gente —podríamos decir,— y en la misma medida que se han levantado para defender las reivindicaciones obreras y han sentido que sobre ellos caía la acusación de estar sirviendo al comunismo, nosotros conocemos algunos hombres que no han tenido la suficiente entereza y valentía para resistir el agravio, habiendo preferido quedarse callados en sus casas, sin realizar la militancia activa, antes que exponerse a la difamación y el agravio que partía de aquellas tiendas.

Aplausos)

SE NOS TILDA DE SERVIDORES DEL COMUNISMO

Comunistas, ¿por qué? ¿Porque defendemos a la clase trabajadora, porque defendemos sus jornales, porque entendemos que el Gobierno realiza una política de clases, porque sostenemos que el alza del costo de

la vida es incesante y está agobiando a todos, porque reclamamos mayores fuentes del trabajo, porque les enrostramos que la industria de la construcción se haya paralizado, que algunas plantas metalúrgicas hayan cerrado, que en el Camino Conciliación haya cerrado una refinería que daba trabajo a 400 o 500 operarios, que las fábricas textiles estén produciendo mucho menos que antes?

¿Comunistas, porque vamos a Juan Lacaze a oír el reclamo de los trabajadores, que nos dicen que la industria textil, que es prácticamente la fuente principal de trabajo de la zona, está quedándose en ruinas y que 2.000 obreros están prontos para ir a la calle porque no tienen trabajo?

¿Comunistas, porque defendemos el precio de nuestros productos y queremos vender a todo el mundo, en la defensa del salario y del pan de nuestros trabajadores?

¿Comunistas, porque nos negamos a comprar a los países altamente industrializados los productos manufacturados al precio que nos quieren imponer?

¿Comunistas, porque luchamos contra el Fondo Monetario Internacional, institución de puro cuño imperialista que quiere avasallar nuestra soberanía?

(Aplausos)

¿Comunistas, porque estamos contra el GATT, que nos quiere imponer restricciones?

¿Comunistas, porque enfrentamos a Estados Unidos diciéndole que nuestros tops —la lana trabajada por nuestros obreros— deben entrar en ese país sin obstáculo alguno?

¿Comunistas, porque estamos aquí, junto a los obreros de la carne, defendiendo su trabajo, diciendo que el derecho de huelga es legítimo, es constitucio-

nal y que en modo alguno puede ser atropellado absolutamente por nadie?

Y ahora, cuando hacemos un balance de esas actitudes nuestras que pueden haber originado esa acusación de comunistas, nosotros decimos, con la mirada muy alta, sin tener temor de enfrentarnos con nadie, claramente, con los puños levantados, por todas esas consignas que defendemos, por esos gritos que constantemente pegamos en la Cámara, por esas banderas que contribuimos a desplegar con nuestra fé y nuestro corazón: ¡batllistas y demócratas del más puro cuño!

(Prolongados aplausos)

MAS SERENOS Y FIRMES QUE NUNCA EN LA LUCHA

Y en la defensa de esos principios permaneceremos constantemente, sin lanzar agravios, hablando el lenguaje de paz que todos nos conocen, pero teniendo para nosotros que es mucho más grande satisfacción el poder venir aquí libremente a conversar con los obreros, a decirles la verdad y a expresar nuestras consignas, que, como el señor Nardone que va a publicar en la revista "Life" un trabajo sobre la infiltración comunista en el Uruguay, contar con el aplauso de los grandes imperialismos del mundo entero o ser convidado a dormir en las camas donde durmieron reyes;...

(Hilaridad.— Aplausos)

...o como el señor Haedo, condecorado repetidas veces por Stroessner. Porque nosotros sabemos perfectamente que en la defensa de esas consignas y en la absoluta tranquilidad de nuestra conciencia, estamos cumpliendo con los postulados de nuestro Partido, con

las banderas tradicionales de nuestra colectividad y, fundamentalmente, con la forma con que nosotros interpretamos y sentimos el ideario de Batlle, el ideario de Arena y el ideario de los grandes hombres que defendieron en el pasado todas esas consignas y que hicieron posible la legislación social que el Uruguay tiene en estos momentos.

ENJUICIAMIENTO DEL PARTIDO GOBERNANTE

Pertenecemos a un Partido de larga tradición. Permítase que los últimos minutos de esta hora que ya llevamos hablando sean dedicados a un tema estrictamente político, en lo que pudiese ser la natural conversación del hombre que ocupa una banca representando al pueblo de Montevideo y los que pueden ser, mañana o pasado, los hombres que con su voto definan la suerte del país.

Tendríamos, seguramente, mucho tema para enjuiciar al Partido Nacional; para enjuiciarlo en el aspecto económico; para enjuiciarlo en la forma cómo ha encarado la producción; para enjuiciarlo en las relaciones con los trabajadores, no sólo respecto a la industria frigorífica, sino a todos los conflictos que ha habido en estos tres años largos y que nos llevaría muchos minutos historiar y destacar.

Asimismo, tendríamos que referirnos a la Escuela Pública y al ataque del Gobierno contra ella; a la Universidad de la República y al ataque del Gobierno y del Partido Nacional contra ella; al atentado constante y a la provocación permanente contra muchas asambleas realizadas por hombres de otra ideología política, pero que en el uso irrestricto de un derecho que les

acuerda la Constitución de la República se reunían para expresar sus verdades.

Y seguramente que tendríamos campo fértil para enjuiciarlo, que nos sobrarían los argumentos y las razones para hacerlo, porque inclusive cada uno de los que están aquí rodeando esta tribuna, sin conocer a fondo todos los detalles que podemos conocer nosotros por nuestra función, podría, muy seguramente, arremeter contra el Gobierno blanco y el Partido Nacional, y desmenuzarlo, dejarlo caer, como se deja caer la arena de las manos, hasta que no quede nada en ellas.

Podríamos, además, tener un párrafo fundamental para advertir a la población que en esta obra de Gobierno son absolutamente todos responsables; que dentro del Partido Nacional nadie puede rehuir la responsabilidad que le cabe; que los de la UBD, que los ruralistas, con Chico-Tazo al frente, o que los herreristas, todos ellos son completamente responsables, porque contribuyeron con sus votos a la política económica del Gobierno, porque sus manos se elevaron para sancionar la Reforma Cambiaria y Monetaria, porque sus manos se elevaron para sancionar la adhesión a principios de Organismos internacionales, porque todos fueron en el momento de votar, leyes fundamentales para la República y porque todos, absolutamente todos, aún con las salvedades que pudiesen dejar, contribuían, con su presencia y con su voluntad, a que se lograsen los cincuenta votos en la Cámara de Diputados o los diecisiete votos en el Senado que hicieran posible la aprobación de leyes fundamentales para el país. De leyes fundamentales para el país que trajeron la ruina económica, la distorsión de nuestra estructura social, la intranquilidad en todos los hogares.

Podríamos alertarlos, y lo hacemos desde ya, para que escuchando con el natural respeto con que se deben oír las asambleas de todos los partidos políticos, tengan siempre bien presente, cuando lleguen los blancos hasta aquí, que todos ellos son responsables de la obra de Gobierno, porque ya van a empezar a aparecer y —han aparecido— los hombres que, dentro del Partido Nacional, queriendo rehuir las responsabilidades, pretenden presentarse ante la opinión pública o frente a la colectividad, diciendo que votaron equivocados, que lo hicieron con tal o cual condición, que pensaban que las medidas posteriores iban a ser tales o cuales, que fueron, en una palabra, engañados. Pero díganle ustedes que en el momento de votar, hombres de todos los partidos de oposición, desde los comunistas y socialistas hasta los de la 14, de la 15, los colorados independientes y los cívicos, les dijeron, cuando se aprobó la Reforma Cambiaria y Monetaria, alertándoles y llamándolos a la reflexión, que todas aquellas medidas que estaban votando la UBD, el chicotacismo y el herrerismo, iban a sumir a la República en una de las más tremendas crisis económicas y sociales que hubiese conocido.

(Aplausos)

No les cabe a ellos, en modo alguno, la posibilidad de decir que fueron sorprendidos en su buena fé o que no pudieron prever todas las contingencias desfavorables de los actos de Gobierno que estaban contribuyendo a crear. Muy por el contrario, tuvieron plena conciencia de que los males que se desataban eran muy grandes, y sin embargo insistieron en el camino que se les decía equivocado.

Pero pasemos por alto todo eso; no hagamos la disección del Gobierno; no arremetamos contra él y

contra el Partido Nacional; tenemos puestas las miras en algo mucho más alto: no pretendamos llegar al Gobierno de la República solamente por ser menos malos que los que están ahora o porque en la comparación que se pueda hacer de los Partidos, se diga que estos son mucho peores que los que pudieron haber estado antes.

IDEAS ANTES QUE NOMBRES

Creemos que ningún Partido que se precie de tal, que tenga plena conciencia de la responsabilidad histórica que le toca enfrentar, puede aspirar a llegar al triunfo, a obtener las altas posiciones de Gobierno por las cuales se lucha, por el solo convencimiento de que los que están son muy malos, de que en nuestras manos tenemos las verdades de a puño para desmenuzar su obra de Gobierno, de que tenemos en nuestras mentes la posibilidad de enjuiciarlos y atacarlos duramente.

Por el contrario, reclamamos para nuestro Partido el derecho de llegar al Poder, el derecho a obtener el triunfo en las elecciones, porque podamos presentarnos frente a la ciudadanía no sólo exhibiendo los defecto y los errores de los hombres que militan en el Partido contrario, sino fundamentalmente porque ante los hombres y mujeres de toda la República podamos expresar, con lenguaje de esperanza, los mejores días que deseamos para toda la colectividad.

(Aplausos)

Y desde el Partido Colorado, en nuestra modesta militancia, reclamamos permanentemente, hoy más convencidos que nunca que estábamos en la verdad, aunque hubiera parecido que nuestra voz podía estar sola en ese momento, con la firme convicción con que so-

lemos defender nuestras posiciones, que al Partido Colorado, al Batllismo antes que agitarlo... lo...

(¡Muy bien!.— Aplausos)

...Y antes que tratar de aglutinarlo detrás de los hombres y de los nombres, era fundamental movilizarlo en torno a las ideas y en torno a las orientaciones.

(Aplausos)

Que era necesario salir a hablarle al pueblo un lenguaje de fé, que era necesario tener cabal sentido de la responsabilidad histórica, que era necesario levantar la mirada por encima de las fronteras uruguayas y mirar el continente americano para darnos cuenta de que América Latina despertaba, que las masas se agitaban permanentemente en busca de mejores soluciones, de un mejor standard de vida y de una distribución más razonable y más sana de la riqueza.

Que teníamos la obligación, además, de salir a decir a la población en qué medida y qué manera estábamos reclamando su voto; que teníamos la obligación de no dejar que el Partido siguiese callado y quieto, envejecido por el lento andar del Gobierno durante tantos años anteriores, para venir a levantar la bandera de reivindicación del pueblo trabajador.

(Aplausos)

Y que si en 1916 el Partido había presentado a la opinión pública un programa que tenía un determinado valor, para ser leales y consecuentes con aquel pensamiento de 1916, teníamos la obligación de levantar en 1961 un amplio programa de realizaciones que hiciese posible despertar nuevamente la fé en torno a nuestras tribunas y a nuestras banderas.

Dijimos que éramos un Partido que poco a poco iba viendo desaparecer la juventud de sus filas

y lo repetimos hoy aquí, y que además, en la crítica constructiva que podemos hacer, en la misma medida que la estamos haciendo de buena fé, estaremos levantando y reivindicando al propio Partido.

Que era necesario atraer a la juventud de la República, como la había atraído Batlle en el pasado, y no que ocurra, como ahora, que la estamos perdiendo....

(Aplausos)

...y que la juventud de la República sólo podía ser atraída en el mismo momento en que el Partido, poniéndose de pie, reconociese la oportunidad histórica que estaba viviendo: lanzase su mirada hacia la izquierda, donde se encuentran las grandes masas laborales y las grandes masas sociales del país; comprendiese que la República es absolutamente de todos y no de un puñado, que tiene en sus manos los medios de producción y la riqueza.

(Aplausos)

Y que en la medida en que lograrse plasmar en un programa concreto y positivo todo ese pensamiento que nosotros teníamos, en la medida en que lograrse dar forma a una mejor distribución de la riqueza, en la que uno de los capítulos esenciales es el problema de la tierra, nosotros no sólo íbamos a movilizar el Partido, sino que íbamos a tener en torno nuestro a grandes multitudes esperanzadas, conscientes de nuestra responsabilidad, viendo al Partido de Batlle, que estaba dispuesto a cumplir con sus mejores tradiciones.

Dijimos después que no sólo era necesario el programa de realizaciones para movilizarlo, que era necesario llegar hasta una tribuna teniendo algo que de-

cir, que no podíamos solamente hacer la crítica del Gobierno actual y que no podíamos vivir, tampoco, agitando permanentemente el nombre de los muertos gloriosos, porque por más adhesión que les podamos tener y por más que les debamos no puede ser de ninguna manera honroso para el orador ni para el auditorio que estemos despertando la fé y la esperanza en función de los que ya pasaron y ya mucho hicieron...

(Aplausos)

...sino que tenemos que hacerlo en función de programas concretos.

(Aplausos)

EXIGIMOS QUE SE ELEVE EL PUNTO DE MIRA EN LA LUCHA

Dijimos además —y lo repetimos hoy— que no sólo es necesario e importante el programa, sino que además es fundamental desde ya asegurar el próximo Gobierno.

Dijimos, además, que es necesario lograr un acuerdo amplio, un acuerdo en el cual nadie se sintiese chantajado —y permítaseme que use la palabra—, en el cual no hubiera nadie que sintiese que se utilizaban hoy sus votos para ganar las elecciones y mañana nos olvidásemos que gracia a los votos que ellos pudieran haber aportado se había podido obtener el triunfo.

Dijimos, por otra parte, que en materia de posiciones podíamos ser generosos, porque la historia del

Partido y los acuerdos electorales exigen ser generosos muchas veces en las posiciones, pero que en lo que no teníamos que ser generosos en modo alguno, que no podíamos dar un solo paso atrás, era en materia de convicciones ideológicas. Estábamos dispuestos a entregar posiciones para obtener el apoyo de algunos grupos del Partido, pero en cambio, no estábamos dispuestos en modo alguno a entregar ninguna de las convicciones ideológicas que queremos para nuestro Partido y para toda la República.

(¡Muy bien!. - Aplausos)

Y pensando, además, que si no aseguramos desde ya el Gobierno, y que si ganamos —como seguramente va a ganar el Partido Colorado— las elecciones de 1962 y enfrentamos el Gobierno de 1963 para repetir este espectáculo desagradable, desdoloroso, que dan los blancos en el Gobierno, peleándose continuamente entre ellos, procediendo a tratar de vender una ley por cuatro o cinco puestos, olvidando que hay todo un país que los está mirando; que si no entendíamos que este ejemplo que nos daban los blancos era, precisamente, la manera de cómo no se podía gobernar, en lo que puede ser el Gobierno como expresión de oficio, no tenía sentido que aspirásemos a ganar el Gobierno de la República, porque fundamentalmente teníamos que terminar con todos esos vicios que iban poco a poco corrompiendo a los partidos políticos; que teníamos que mirarnos en el espejo de este Gobierno blanco para asegurar desde ya a la ciudadanía que la obra de Gobierno, en función de un programa ideológico de amplia comprensión social y de solución a los problemas de las grandes masas trabajadoras del país, iba a tener en el futuro Gobierno de la República una unidad monolítica.

tica, porque eso estaba asegurado desde antes de las elecciones.

Una vez, entonces, que lográsemos establecer el programa ideológico que el Partido necesitaba; una vez que nos diésemos cuenta que los problemas de la República estaban concentrados en la solución y en la atención de los 2:800.000 habitantes que componen su población, y no en los 40.000 ó 50.000 que tienen los bienes de consumo y todos los bienes de riqueza; y una vez que hubiésemos establecido las bases del acuerdo electoral que asegurase el acuerdo de Gobierno para poder gobernar, precisamente, conforme a aquel programa, entoces sí, podrían venir los nombres —¡bienvenidos ellos!— en torno a los cuales nos íbamos a agrupar, porque levantando las grandes banderas ideológicas,...

(Aplausos)

... podíamos tener la seguridad de que el Partido Colorado podía cumplir, junto a los nombres que eligiésemos, los más prestigiosos, los más sanos y los más honrados que pudiera tener el Partido, con todas las obligaciones que pudiésemos haber contraído con la ciudadanía de la República.

APRENDAMOS LA LECCION DE LA DERROTA DE 1958.

Estamos en esa tesitura: seguimos creyendo que el Partido tiene que pegar un vuelco fundamental en su concepción ideológica; que la derrota tiene que habernos servido para aprender mucho; que de nada habrá servido la derrota si seguimos creyendo que fue un gran Gobierno el de 1954-58, y que sólo la calum-

nia y el agravio decretaron nuestro fracaso electoral.

Sabemos que la calumnia y el agravio desatados por los blancos, que la campaña desleal, sucia y mezquina contra los hombres más queridos del Partido, pudo dar sus frutos en una población que fue engañada, y sabemos de qué manera gravitó toda esa campaña calumniosa. Pero no seríamos, de ninguna manera, quienes queremos ser y estaríamos, además, traicionando los postulados elementales del Partido, si nos quedásemos simplemente en ese reconocimiento y no dijésemos, al mismo tiempo, que muchas y otras muy grandes fueron las causas que decretaron la derrota del Partido en 1958.

Que tenemos que mirar con valentía toda ese panorama para sacar las conclusiones necesarias, que nos permitan rectificar rumbos en el futuro, para tratar, por todos los medios, de que, recogiendo y manteniendo todo lo bueno del Partido, pero corrigiendo todo lo que nos pudo haber traído el descrédito popular, salgamos de nuevo a la calle a procurar imponer nuestras soluciones y llevar nuestros hombres al gran triunfo que los conduzca al Gobierno.

Esta es la manera de pensar que tenemos sobre el problema político de la hora; esta es nuestra manera de concebir el movimiento político dentro del Partido Colorado, dentro del Batllismo, dentro de nuestro grupo político.

Nos hemos extendido demasiado; quizá llevamos hablando una hora y veinte minutos. No era esa nuestra intención; queríamos, simplemente, tratar de dar nuestra opinión sobre el momento sindical que vive el Cerro, exclusivamente en función de nuestra manera de mirar los problemas y de convicciones muy hondas que tenemos, y que traemos de tiempo atrás.

LA UNIDAD DE LOS TRABAJADORES HARA POSIBLE EL TRIUNFO

Decimos, sí, que no habrá conquista gremial alguna si no hay solidaridad; que no habrá mantenimiento de reivindicaciones y defensa de postulados si no hay solidaridad; que los obreros deben recordar, porque tiene más vigencia que nunca, la vieja anécdota del padre de familia que dió a cada uno de sus hijos un haz de ramitas atadas diciéndoles que trataran de partirlo. Y ante la imposibilidad de hacerlo por parte de sus hijos, no obstante todos los esfuerzos que hacían sobre sus rodillas y a pesar de la fuerza que tenían, cuando el padre retomó el haz de leñas lo desató y, una a una, procedió a romper las varillas que juntas, no pudieron ser quebradas por las fuerzas de sus hijos.

Que recuerden muy bien esta anécdota los obreros del Cerro y la escuchen, además, los que en el error, en el olvido están en este momento ajenos a la lucha de sus compañeros de trabajo; que recuerden que los movimientos gremiales-sólo han caminado en el país y en el mundo por la inmensa solidaridad de cuerpo que tenían todos los trabajadores, y que en el mismo momento en que esa solidaridad desapareció, en el mismo momento en que manos hábiles o mente engañadoras o lenguas sobadas, como la que más, procedieron a crear la división entre los trabajadores, fue muy fácil para las fuerzas de la reacción derrotarlos.

No digo que esperen días fáciles a los trabajadores del Cerro, y cometería un grave error si así me pronunciase. Digo que no son más difíciles ni más fáciles que los que enfrentaron en el pasado; que si de ellos salieron, las orientaciones se mantienen fuertes y con

las banderas en alto, es porque hubo dirigentes capaces y masas solidarias, que supieron apechugar y hacer frente a las contingencias de la hora.

Mañana, en el Senado, en una instancia presumiblemente decisiva se considerará el proyecto ya aprobado en la noche de ayer por la Cámara de Diputados, por el que se restituye a los trabajadores a sus lugares que abandonaron cuando se declararon en huelga, dando así plena vigencia al derecho de huelga que pretendió ser pisoteado. No digo que pueda ser fácil la instancia de mañana, ni invito a festejar por anticipado lo que mañana pueda ser una victoria clamorosa; pero sí digo que la victoria estará más cerca de ustedes en la medida en que estén juntos el esfuerzo, la voluntad y la energía de cada uno de los trabajadores.

(Aplausos)

Y más lejos estará en el instante en que, vencidos por los problemas económicos que cada uno naturalmente tiene la obligación de sobrellevar o, en que olvidando lo que puede ser el esfuerzo y el sacrificio de tantos hombres en el pasado, puedan tener un instante de debilidad o un momento de renunciamento. La unidad de los trabajadores hará posible el triunfo. La lucha nunca es fácil; la enfrentaremos cada uno de nosotros, inclusive en la política, por más fácil que pueda parecer a veces, pero fundamentalmente tenemos la obligación de templar nuestro espíritu, de mantener arraigadas firmemente nuestras convicciones, y no tener absolutamente ningún temor de poner el pecho tanto al agravio como al insulto, como al atropello que pueda venir de las tiendas de enfrente.

(¡ Muy bien !.— Aplausos)

RECLAMAREMOS ADHESION ELECTORAL EN FUNCION DE GRANDES SOLUCIONES PARA EL PAIS

Y en la parte política volveremos nuevamente, con seguridad, al Cerro, en otras circunstancias, a tratar de explicar los problemas y a reclamar la adhesión, a buscar en cada ciudadano el voto natural y exigido para la contingencia electoral.

(Aplausos)

Pero no vendremos a buscarlo, ni lo queremos tampoco, en función del descrédito del Gobierno blanco, ni en función de una crítica fácil a un Gobierno que prácticamente se cae sólo; tampoco vendremos a buscarlo enumerando las causas y consecuencias de esta tremenda crisis económica y social que vive la República.

Como decíamos antes, reclamamos puntos de vista mucho más amplios y procederes mucho más altos y mucho más limpios. Vendremos reclamando vuestro voto en función de grandes soluciones para el país. Entendemos la política únicamente como un camino de esperanza y como un camino de realizaciones; como un camino de esperanza, para que los hombres se agrupen en torno a nuestras banderas de justicia social, en torno a nuestras banderas de una mejor distribución de la riqueza, en torno a nuestras banderas de eliminación de los privilegios, de las regalías y de las grandes fortunas. La frase histórica de Batlle de que los ricos sean menos ricos para que los pobres sean menos pobres tiene para nosotros, no sólo permanente vigencia, sino que además constituye una obligación que tenemos la seguridad de poder defender palmo a palmo.

UNIDAD PARTIDARIA CON MILITANCIA DE AMPLIA IZQUIERDA

Y vendremos a reclamar el voto, no en función de la palabra fácil que podemos desplegar, sino de la militancia y de la mirada con que la opinión pública tiene que seguir a los hombres del Partido. Queremos un gran Partido Colorado, queremos un gran Partido Batlista unido en torno a las consignas de amplia izquierda que nuestra colectividad política tiene que levantar en todo el país.

(Aplausos)

Queremos en los puestos de comando hombres que no tengan miedo alguno a los insultos que puedan venir de los organismos internacionales. Queremos, además, una militancia que no desfallezca cuando venga el mote de "comunistas". Queremos hombres que estén permanentemente convencidos de nuestros ideales y, fundamentalmente, lucharemos en las elecciones no por el triunfo mismo, sino por el Gobierno, porque entendemos que éste es el medio y no el fin, que el Gobierno es el medio de proporcionar felicidad a la República, mejores salarios a todo el país, un mejor y más alto standard de vida a toda la población.

Luchamos por el Gobierno para desde ahí implantar la justicia social, para desde ahí ser leales con los postulados del Partido, para desde ahí responder a los muertos gloriosos a quienes no queremos invocar en vano.

Tenemos la absoluta seguridad —y quisiéramos no tener que arrepentirnos jamás de estas palabras— de que en la medida en que podamos ser leales con el pueblo, en la medida en que podamos cumplir sana y ho-

nestamente con las obligaciones que contraigamos con la masa trabajadora de la República y con toda la opinión pública en general, muchas serán, seguramente, las noches que podamos llegar hasta aquí a decir nuestra verdad y nuestra palabra.

(Aplausos)

VANGUARDIA - LA PAZ